



[www.loqueleo.com/es](http://www.loqueleo.com/es)

© 2006, Luis Leante

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-214-9

Depósito legal: M-40.968-2016

Printed in Spain - Impreso en España

Segunda edición: junio de 2018

Más de 5 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# **La puerta trasera del paraíso**

Luis Leante

Ilustración de cubierta de Maguma

loqueleg



## Arenas movedizas

Khassar era una ciudad que había nacido predestinada a ser engullida por la arena del desierto. Pocos dudaban de que antes o después la naturaleza terminaría por imponer su ley. Pero, mientras tanto, sus habitantes luchaban día a día para ganar la batalla al avance de las dunas. Construían empalizadas, levantaban muros de adobe y paja; hacían, en definitiva, todo lo posible para que la arena cambiara el curso que los vientos le dictaban.

La ciudad había surgido de forma casi espontánea en uno de los lugares más inhóspitos del Sáhara, el mayor desierto de la Tierra. Los fundadores vinieron de las minas de Gara Yebilet, en Argelia. Huían de los sueldos míseros que les pagaba la Compañía Minera Francesa. Se instalaron en el primer lugar en donde encontraron un pozo de agua dulce y algunas palmeras. Al principio no

fueron más que una veintena: familias con niños y ancianos. Poco a poco fueron llegando más personas de otros lugares, a veces muy lejanos, e instalando sus jaimas alrededor del pozo. En aquellos primeros años las dunas aún quedaban muy al sur. Pero la situación fue cambiando con el paso del tiempo.

- 8 Desde el origen de la ciudad, la vida nunca fue fácil en Khassar. En realidad, no existe ningún lugar en el Sáhara en donde la vida sea cómoda. La escasez de agua y la imposibilidad de cultivar la tierra obligan a las personas a imitar a los otros seres vivos del desierto para sobrevivir. Pero los habitantes del Sáhara han aprendido desde tiempos remotos a ganar pequeñas batallas por la supervivencia. En veinticinco años, Khassar había alcanzado los mil habitantes. Su población en realidad nunca constó en ningún censo. Lo cierto era que Khassar no aparecía en mapa alguno, ni pertenecía a ningún país. Resultaba incluso difícil de precisar si su territorio estaba dentro de los límites de Argelia o de Mauritania. Durante el último siglo y medio algunas naciones europeas se habían repartido casi toda África y, cuando abandonaron

las colonias, dejaron países divididos de forma artificial. Las fronteras del continente, vistas sobre un mapa, parecían trazadas con un tiralíneas. Pero los habitantes del desierto nunca han entendido de fronteras. En el Sáhara no hay apenas barreras naturales. Los saharauis, los tuareg o cualquiera de sus habitantes han ido siempre de un sitio a otro en busca del agua, huyendo de ella cuando caen las lluvias torrenciales o conduciendo sus rebaños hacia el lugar en donde la escasa lluvia hace brotar la hierba.

9

Nadie supo nunca precisar con exactitud el país sobre el que se había fundado de forma espontánea la ciudad de Khassar. Tampoco nadie lo reivindicó jamás, puesto que poco o ningún provecho podía esperarse de una ciudad tan pobre como aquella. Los antiguos colonizadores europeos nunca llevaron allí sus ejércitos para señalar las fronteras ni tomar posesión de los territorios. Según contaban los ciudadanos más puntillosos, algunos dormían con los pies en Argelia y la cabeza en Mauritania. Aquello, sin duda, era una exageración. O no; ¿quién podía saberlo?

En realidad, los habitantes de aquel rincón del mundo no perdían el tiempo en reivindicar patria, territorio o leyes. Su patria era su jaima; su territorio, la inmensidad del Sáhara, y sus leyes eran las costumbres heredadas de sus padres y de sus abuelos, y así de generación en generación hasta el origen del mundo. Su única lucha era contra la arena del desierto, el peor enemigo que alguien podía tener en aquel lugar. En los últimos años, hombres y mujeres —ancianos o niños— habían convertido la titánica lucha contra las dunas en una cuestión extrema de supervivencia. Con una organización ejemplar, repartían el trabajo de apartar la arena con palas, construir barreras artificiales y vigilar meticulosamente el lento pero imparable avance de las dunas. Pero la arena no entiende tampoco de fronteras y no reconoce las leyes ni los derechos de los hombres. Las dunas se mueven impulsadas por el viento. Su viaje es tan lento que apenas lo percibe el ojo humano, pero al cabo de unas semanas o de unos meses las dunas se han desplazado, enterrando todo lo que encuentran a su paso.

Al cabo de los años la ciudad parecía una isla rodeada de arena. El terreno que se conseguía

ganar al desierto durante el día se perdía durante la noche por la acción del viento. La arena se colaba por todos los resquicios, por las rendijas de las ventanas, por los marcos de las puertas, por los agujeros del techo, por la ropa, por los labios, por los oídos. Pero la mayor preocupación no era mantener las casas y las calles sin arena, sino proteger el pozo para que no se cegara. Sin el agua, la vida en Khassar habría sido imposible. Por eso, todos los esfuerzos iban encaminados a evitar que la arena se instalara sobre la única salida de las aguas subterráneas.

11

Brahim había nacido en Khassar hacía veintiún años. Sus padres vinieron con los primeros pobladores desde las minas de Gara Yebilet. Igual que la mayoría de los habitantes, la fecha y el lugar de su nacimiento no estaban registrados más que en la memoria de su familia. A pesar de que su nacionalidad era incierta, su patria era el desierto. Brahim amaba aquel rincón del mundo. Nunca deseó trasladarse a una ciudad ni buscar un oficio más productivo. El oficio de Brahim dependía del momento y de las necesidades. Era un buen albañil,

reparaba los vehículos de sus vecinos sin apenas medios técnicos, arreglaba las roturas de huesos, curaba las enfermedades del riñón y el insomnio. Pero lo que más le gustaba a Brahim eran los animales. Con el paso del tiempo y mucho trabajo, había conseguido reunir media docena de cabras y un dromedario. En Khassar era un hombre rico y afortunado. Además, Brahim era justo y piadoso. Rezaba cinco veces al día, daba limosna a los necesitados y ayudaba a todo aquel que se lo pedía. Cumplía rigurosamente los preceptos del Corán y amaba a su mujer por encima de todas las cosas.

La esposa de Brahim se llamaba Fatma. Ella no había nacido en Khassar, pero se sentía bien allí. A pesar de la dureza de la vida en aquel lugar apartado de la civilización, nunca tuvo en mente el deseo de emigrar a otra parte. Se había casado con Brahim a los diecinueve años y poco después dio a luz un niño al que pusieron por nombre Brahim Yussuf. El único motivo de queja de Fatma eran los largos períodos que tenía que pasar sola en casa, cuando Brahim marchaba con sus animales a buscar alimento en cualquier parte del desierto donde brotara algún hierbajo.

Por aquella época, como otras veces, Brahim había tenido que dejar su hogar y a su familia durante más de dos meses. También para él aquella separación resultaba dolorosa, especialmente porque dejaba allí a un bebé de un año, que apenas empezaba a caminar. Pero los animales eran su medio de subsistencia y cuando escaseaba el alimento tenía que desplazarse muchos kilómetros, según el lugar donde hubieran caído las últimas lluvias, para que las cabras no se murieran. Él no terminaba nunca de acostumbrarse a pasar días, semanas, meses sin hablar con un ser humano. A Brahim le gustaba la soledad, pero a veces le resultaba asfixiante. Entonces les hablaba a las cabras, a su dromedario. Cantaba en voz alta las canciones que aprendió en su infancia y así acudían a su mente imágenes familiares, cálidas. Por las noches se acurrucaba junto al fuego y pensaba en Fatma y en su hijo. Aquel era el momento más feliz de la jornada.

El viaje de regreso resultó penoso. Los animales, sin embargo, volvieron bien alimentados. Saltaba a la vista todo lo que habían engordado en los dos últimos meses. Sin duda Brahim pensaba

pedir cuatro veces el precio que había pagado por ellos. El dromedario iba cargado con la jaima y el equipaje. El terrible viento de la última semana dificultaba el avance. A veces no podía caminar más de dos o tres horas al día. Brahim sufría a cada paso que daba. Cuando por fin intuyó que la ciudad estaba cerca, olvidó todas las penalidades y recobró las fuerzas y el ánimo. La última jornada la realizó cantando. Pero Brahim no podía sospechar lo que iba a encontrarse a su regreso.

Hacia años que Khassar había formado una perfecta simbiosis con el desierto. El viajero poco experimentado podía pasar a escasa distancia de la ciudad y no percatarse de su existencia. Las dunas se elevaban y descendían a su alrededor como un mar de arena. Tampoco el color rojizo de las casas ayudaba a diferenciarlas del desierto. Solo las copas de las palmeras, a veces, rompían la monotonía del paisaje. Las casas, por el contrario, pasaban desapercibidas.

Por esa razón, Brahim permaneció horas y horas clavado sobre el filo de la duna más alta, tratando de identificar algo de lo que había a su alrededor. Estaba seguro de no haberse perdido,

pero nada de lo que veía desde allí le resultaba conocido. Ni rastro de la ciudad. Si empezaba a caminar, desorientado, sabía que podía terminar dando vueltas sobre un mismo punto para, finalmente, caer agotado y enloquecido por la sed. Entonces tomó la determinación de no dar un paso más hasta asegurarse de dónde se encontraba. Para Brahim no existía la posibilidad de perderse en el desierto. El sol, las estrellas y el color del suelo eran su brújula. Podía reconocer un lugar aunque se encontrara a muchos kilómetros de la ciudad. Leía en el terreno como si lo hiciera en un libro.

15

Esperó un día entero y una noche para no precipitarse en su decisión. Sabía que el tiempo iba en su contra, pues el agua que le quedaba era escasa. Las cabras tenían sed y no paraban de balar. Al amanecer del segundo día cavó un agujero en la tierra, observó el color de la arena y concluyó que no estaba perdido. Aquel era el lugar en donde había estado Khassar. Su corazón se alteró. Empezó a hacer suposiciones. Se apartó de los animales y se dejó caer desde lo alto de la duna. Caminaba despacio, tratando de dosificar sus energías. De pronto miró a

un punto lejano y sintió un terrible sobresalto. Emprendió una carrera frenética para asegurarse de que no era un espejismo lo que sus ojos le mostraban. En efecto, asomando entre la arena encontró la rama de una palmera con sus dátiles. Tiró de ella, pero estaba muy enterrada. No podía entender cómo los dátiles seguían estando maduros y no se habían podrido. Se comió unos cuantos y guardó el resto en su turbante. Empezó a desenterrar la rama y enseguida encontró el extremo de otra; y luego otra y otra. No le cupo duda: aquello era una palmera que había sido engullida por la arena. Sintió una terrible desolación. Ni mil hombres como él hubieran sido capaces de devolver a la luz lo que el desierto mantenía en sus entrañas. Clavado hasta las rodillas en mitad de la arena, comenzó a llorar. Las lágrimas escurrían por sus mejillas y se mezclaban con el sudor mientras Brahim intentaba convencerse de que todo aquello era una pesadilla. Recorrió con los ojos la superficie abrasada por el sol. Tenía la certeza de que allí, enterrada bajo sus pies, se encontraba Khassar, su ciudad.

Brahim estuvo dos días llorando sin derramar lágrimas para no deshidratarse. Había montado su jaima para protegerse del sol y del frío de la noche, pero la angustia le impedía sentir frío o calor. Ni siquiera sentía hambre. Comía los dátiles con desgana, para no debilitarse. Al anochecer, cuando soplaba el viento, cavaba con las manos para sacar más dátiles y dárselos a los animales. Hacía todo lo posible para retrasar el momento fatídico del sacrificio, pero sabía que antes o después tendría que matarlos para evitarles más sufrimientos.

17

Durante el día, a la sombra de su jaima, dibujaba con la mirada el trazado de las calles que ahora estaban bajo la arena. Si hubiera excavado en algunos puntos, habría encontrado a un palmo el tejado de cinc de alguna casa. Pero le pareció que sería un pecado como el de desenterrar a un muerto. En vez de eso iba repitiendo mentalmente lo que había en cada lugar. Allí, la escuela; allí, el surtidor de gasolina; allí, la calle principal; allí, una tienda; allí... Allí estaba su casa. Se torturaba pensando cómo habría vivido su esposa Fatma aquella terrible tragedia. Le pareció que dos meses era poco tiempo para que la arena se tragase

toda una ciudad de esa manera, pero en el desierto nada era imposible. Hizo grandes esfuerzos para no emprender la búsqueda de Fatma y de su hijo precipitadamente. Buscar a alguien, sin saber por dónde empezar, en ocho millones de kilómetros cuadrados de desierto, era una locura. Además, no sabía cuánto tiempo le llevaban de ventaja. Tan probable era que estuvieran al otro lado de aquella loma como a cientos de kilómetros. Uno no podía decidirse entre el sur o el norte sin tener certeza del lugar adonde dirigía sus pasos.

Aunque el tiempo jugaba en su contra, Brahim hizo todo lo posible para que corriera a su favor. Sabía que tiempo era lo que le sobraba en el desierto. Lo que necesitaba era buscar varias estrategias y elegir una, por descarte de las demás. Lo último sería sacrificar a los animales y empezar a caminar. Trató de hacer una reconstrucción de todo lo que había sucedido.

Parecía evidente que la población había huido del avance de las dunas. Lo más probable era que hubieran cargado sus enseres en los vehículos y hubieran buscado las pistas formadas por las rodadas de muchos años, que a su vez los condu-

cirían a las carreteras que llevaban a las ciudades. Los pozos más cercanos estaban a cuatro o cinco días caminando. Brahim supuso que habrían utilizado los vehículos para trasladar hasta allí a los ancianos y a los niños más pequeños. Y eso sin contar con que tal vez dieran con un pozo seco, o salado. Si querían tener la certeza de encontrar agua, era necesario emprender un viaje mucho más largo; pero entonces las posibilidades de acertar la dirección que habían tomado se reducían. Brahim trató de no perder la serenidad mientras planteaba todas las hipótesis. Era muy importante no precipitarse. Si tomaba una decisión equivocada, perdería la pista de su familia para el resto de su vida. Eso, si no estaban muertos ya y enterrados bajos sus pies.

Estaba a punto de volverse loco cuando una mañana creyó tener la solución. La idea le surgió espontáneamente. Se sorprendió de no haberlo pensado antes; pero, en una situación extrema como la suya y bajo un calor sofocante, no era raro que su mente estuviera como aletargada. Al noroeste, a tres días de camino, se levantaban formaciones rocosas no muy elevadas, pero que podían

verse desde mucha distancia. Brahim solo había ido allí una vez, cuando era muy niño. Aunque él no lo vio, los mayores contaban que en las cuevas naturales que se abrían en las rocas había pinturas muy antiguas, tan antiguas como el ser humano. Eran pinturas de escenas de pesca, de caza del hipopótamo y de sacrificios. Según los más ancianos, representaban el Sáhara cuando toda aquella superficie de arena estaba cubierta por el mar. El lugar era inhóspito, porque el agua que manaba de la tierra era salada. Sin embargo, en los últimos años se había instalado allí un grupo de bereberes del norte con sus familias. Los bereberes eran gente de la montaña, taciturna y hosca, pero sabían adaptarse como nadie a la dureza de cualquier terreno. Según contaban los que habían tenido contacto con ellos, habían cambiado las jaimas por las cuevas. Y lo que resultaba más sorprendente era que sobrevivían sin agua. Aquello parecía difícil de creer, pero lo cierto era que llevaban allí más de quince años viviendo con sus rebaños y nadie podía explicarse cómo no habían muerto de sed. Si alguien podía saber lo que había sucedido con la población de Khassar, sin duda

eran los habitantes de las cuevas. De otra manera, sería como si la tierra se los hubiera tragado a todos.

Brahim recogió los dátiles que quedaban. Tardó un día entero en hacerlo. Dio de comer a las cabras y al dromedario. Bebió tanta leche como pudo y se puso en camino. Enseguida se dio cuenta del avance espectacular de las dunas en los últimos meses. Trató de imaginar la fuerza de los vientos y la angustia de su familia y de sus amigos al ver cómo la arena se lo tragaba todo. Durmió durante el día y caminó por la noche. Y, poco antes del amanecer de la tercera jornada, divisó a lo lejos la silueta inconfundible de la barrera rocosa.

Los bereberes eran, en efecto, gente taciturna y poco sociable. Aunque hablaban árabe, tenían su propia lengua y sus propias costumbres. Sin embargo eran musulmanes, como Brahim, y para ellos la hospitalidad era una ley sagrada.

Muchas horas antes de que llegara hasta el pie de las rocas, ya habían visto a lo lejos al saharauí caminando delante de sus cabras y del dromedario. Permanecieron clavados al suelo, haciendo

visera con las manos y sin hablar entre sí. Cuando finalmente Brahim llegó hasta ellos, llevaban toda la mañana esperando su llegada.

—*Salama aleikum* —saludó Brahim.

—*Aleikum salama* —respondieron al unísono.

22 Después se enredaron en un rosario de frases cortas, como un diálogo aprendido, en el que no había variado ni una sola palabra en los últimos siglos. Cuando terminaron, permanecieron un largo rato en silencio. Uno de los bereberes se acercó a Brahim y con un trapo húmedo le limpió la arena de la cara. Luego le pidió que lo siguiera.

Brahim se instaló en una de las cuevas más grandes. En cuanto cruzó la entrada, las mujeres desaparecieron. Los niños se arrinconaron en el fondo de la cueva, intimidados por la presencia del visitante. Aunque estaba ansioso por preguntar, Brahim sabía que debía controlarse para no ofender a sus anfitriones. Mientras le lavaban los pies y le ofrecían dátiles, miró con disimulo a su alrededor. La cueva era poco profunda, pero de techos muy elevados. Todo estaba ennegrecido por el humo, de manera que no pudo comprobar si era cierto lo que contaban en Khassar sobre las

pinturas primitivas. Aunque hacía mucho calor, el fuego permanecía encendido. El más anciano de la familia le ofreció agua y Brahim la bebió tratando de controlar su ansia. Hacía una semana que solo bebía leche. El misterio de la procedencia del agua estaba a punto de aclararse. Al apoyar la espalda en la pared de la cueva, sintió un frescor húmedo. Desde el techo, el líquido escurría por la pared y buscaba de forma natural las hendiduras que conducían hasta el suelo. Allí se embalsaba en un pequeño aljibe de agua clara y transparente. Ante la mirada incrédula de Brahim, uno de sus anfitriones lo sacó de dudas.

—Recoge el agua de lluvia que se queda entre las rocas.

Brahim conocía muy bien la escasez de lluvias de los últimos meses y por lo tanto le dio el valor que tenía a aquel jarro de agua que sujetaba con las manos.

—Come, come —dijo el más anciano, casi en tono autoritario, señalando la carne de cabra que había en el plato.

Los niños iban venciendo la timidez y cada vez se acercaban más al forastero. Entraron otros

hombres. A juzgar por el número de ancianos, Brahim calculó que allí debían de vivir unas quince familias, no más.

El tiempo pasaba despacio y el recién llegado no encontraba el momento de comenzar a indagar sobre el destino de los suyos. Alguien preguntó:

—¿Gara Yebilet?

24

Y Brahim respondió:

—No: Khassar. Soy de Khassar.

Los hombres se miraron en silencio, asintiendo con la cabeza, pero sin hacer comentarios.

—Entiendo, entiendo. Khassar —dijo uno de los ancianos.

Brahim hacía enormes esfuerzos para no demostrar su impaciencia. Intentaba leer algo en los rostros de aquellos bereberes, pero las arrugas y la piel quemada por el sol no le decían nada.

—Volví a Khassar hace una semana y no encontré nada. No ha quedado nadie.

—Nadie, no. Todos marcharon. Sí.

—¿Pasaron por aquí?

—Lejos. Dos días lejos.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Poco. Una luna y media.

A Brahim le pareció una eternidad. Más de un mes. Se echó un trozo de carne a la boca para mostrar agradecimiento a los bereberes.

—Mi mujer y mi hijo iban con ellos. Ahora no sé dónde están. No sé por dónde empezar a buscarlos.

El más anciano se acarició la barbilla. Los demás lo miraban como si fuera a pronunciar una profecía. Brahim contuvo su impaciencia.

—Mi nieto estuvo con ellos —dijo finalmente el bereber—. Les cambió una cabra por ropa. Mal negocio. ¡Salamu, Salamu! ¡Ven aquí, Salamu! —gritó de repente, como si estuviera enfadado. Luego volvió a dulcificar su tono de voz para dirigirse a Brahim—. Este es Salamu. Él habló con ellos.

El adolescente mantenía los ojos clavados en el suelo, como si temiera algún castigo.

—¿Hablaste con ellos, Salamu? —preguntó Brahim, tratando de mostrarse amable—. ¿Qué te contaron? ¿Dijeron hacia dónde iban?

—Hablé con ellos. Tenían pocos animales. Yo les cambié una de mis cabras.

—¿Había mujeres o solo hombres?

—Mujeres también, y niños. El viento se tragó la ciudad.

—Lo sé, lo sé. Pero ¿no dijeron adónde iban?

—A Europa. Dijeron que iban a Europa.

Brahim enmudeció. Era la primera vez que oía ese nombre. Miró a los bereberes tratando de recibir alguna aclaración, pero también ellos parecían desconocer aquel nombre. El más anciano se quitó el turbante, se lo colgó sobre los hombros y luego dijo:

—Al norte, muy lejos. Más allá del mar.

Brahim sintió que el pecho le dolía. Si los hombres de Khassar iban a Europa, las mujeres los seguirían. No era posible sobrevivir en el desierto si alguien se apartaba del grupo. Por eso tenía la seguridad de que Fatma iría a donde fueran los demás.

Aquella noche apenas consiguió conciliar el sueño. El nombre de Europa resonaba en su cabeza como una letanía machacona. Trató de convencerse de que un mes y medio no era mucha ventaja en el desierto; sobre todo si los demás viajaban en un grupo tan grande. Si el viaje era muy largo, necesitaban muchas provisiones y agua. Seguramente algunos caerían enfermos y otros tendrían que quedarse en el camino. Tenía la certeza de que, si

los hombres llegaban a Europa, Fatma lo haría también, aunque tuviera que cargar con el pequeño Brahim todo el tiempo.

Se levantó mucho antes del amanecer. Cuando el sol asomó por la línea del horizonte, Brahim llevaba ya horas mirando hacia el norte, donde suponía que estaba Europa. En silencio se preguntaba si aquello sería una ciudad o un país. Pasó todo el día ordeñando sus cabras. Luego se las ofreció a los bereberes a cambio de carne seca, queso, ropa y agua. Sin embargo, se quedó con el dromedario. Sabía que iba a serle mucho más útil que cualquier vehículo. Poco antes del atardecer, se despidió de sus anfitriones. Les agradeció sinceramente todo lo que habían hecho por él y pidió a Alá que los ayudara.

—*Baraca* —dijo para despedirse con una bendición.

—*Baraca* —respondieron los bereberes con los ojos clavados en tierra.

Después comenzó a caminar delante del dromedario. No le cabía duda de que iba a ser un viaje largo; muy largo y lleno de dificultades.